

Taller Maelström de Narrativa y Poesía



*Foto para la memoria gráfica: de izq.
a der., Luisa T. Arenas S., Susana
Lattke, Edgardo Malaver, Ysabel
Gavidia y Sara Pacheco*



CADÁVER EXQUISITO

Ejercicio colectivo de los miembros de Maelström
23 ene. 2012

Salida a la primera caminata
sin rumbo, pero con ruta, silencioso,
ansioso, anhelante, va solo soñando, creando.
¿Qué podría hacerlo caer?
¿Qué podría detenerlo?

Detenerlo quizá sea necesario,
Probablemente no quiera hacerlo.

Tú no sabes qué pienso, pero puedes inferirlo.
Y solo con el instinto puedes llegar hasta aquí.
Vamos a ver si es suficiente el instinto
para que te quedes y no renuncies.

¿Quedarme?, ¿para qué?, ¿para renacer?
La vida es una y va hacia adelante.



También Edgardo Malaver recibe su certificado como facilitador del Taller Maelström de Narrativa y Poesía de manos de Luisa Teresa Arenas Salas

MI ÁNGEL GUARDIÁN

Luisa Teresa Arenas Salas

Lunes de Maelström. Un retornado constante se escuchaba en el taller.

—¡Miren la hoja! ¡Mírenla bien!

Y la hoja amarilla, con puntitos negros, en la mano del profesor que la movía de un lado al otro, cobraba vida: me guiñaba un ojo con cierta complicidad.

—¡Mírenla con detenimiento! ¡Detallen la hoja! —repetía una y otra vez su voz en el transcurrir de la jornada literaria. Un nuevo guiño cómplice me desconcertaba.

“Estoy alucinando”, pensaba.

—¡Mírenla de nuevo! ¡Cuenten una historia!

Y la hoja, sorprendida, al escuchar la instrucción del profesor, había cambiado su guiño por una mueca extraña. “¿Qué me querría decir?!”, me preguntaba, en medio de la incertidumbre que me embargaba. “Debo estar viendo visiones”.

—Traigan la historia para la próxima sesión —escuché pedir al profesor con su hoja en la mano cuando yo atravesaba el dintel de la puerta un tanto preocupada por lo que me estaba pasando.

De regreso a casa, unas compras necesarias me detuvieron frente a un abasto. Al descender del carro, una hoja cayó en el parabrisas. Recordé las palabras del profesor y seguí mi camino. Pero... me detuvo una vocecita tenue:

—¡Epa! ¡Voltea!

“¿Quién será? Debo estar volviéndome loca”, pensé. “No veo a nadie, mas escucho una voz”.

—¡Hola!

Dirigí la mirada hacia el lugar de donde salía la vocecita. Vi la hoja caída del árbol. “¿Será?”, mascullé entre dientes.

—¡Hola! —repitió con picardía.

—¡La hoja! —exclamé—. ¡La hoja del profesor!

—No. No soy la misma. Recuerda sus palabras: “¡Mírenla bien!”. ¡Mírame, pues! “¡Detállenla!”. ¡Detállame! Yo soy la protagonista de tu historia; soy tu ángel guardián.

—¡Ay, sí!

Y seguí mi camino hacia el abasto. ¡Qué pesadilla!



Sara Pacheco posa con el certificado de Maelström recibido del facilitador, Edgardo Malaver, a la der., Ysabel Gavidia

Al regresar al carro, recogí la hoja que me sonreía y la puse en el asiento contiguo. Cuando iba a retroceder, vi un carro que venía a gran velocidad y no frenaba. De repente, se produjo un viento fuerte y un remolino de hojas creó una barrera que detuvo el carro en seco. Me pareció ver un gigante verde con miles de hojas formando su cuerpo.

—¡Qué susto! De la que me salvé.

Al instante un aluvión de hojas cayó en la parte trasera del carro y el viento amainó. Y me pareció escuchar una risita pícaro, que venía del asiento del copiloto. Mi respiración se agitó, me retorcí de angustia...

¡Ah! Una exclamación convertida en un gran bostezo. “Es el cansancio”, pensé.

Al llegar a la casa, puse la hoja en la peinadora entre la bisutería regada y olvidé lo ocurrido, olvidé la historia, olvidé la hoja, pero recordé el Maelström... ¡Uhhmm...!

Y desde ese momento, nuevos percances, un traspies, un olvido... y una hoja caía a mi alrededor, aparecía en mi camino.

“¡Ah!”, me decía a mí misma convincente. “¡No enloquezcas!”. Hasta que más tarde en la semana, en plan de limpieza, curucuteando en la peinadora entre los zarcillos, collares, sortijas, tropecé con algo crujiente que se desmoronó en mis manos.

—¡La hoja! —exclamé angustiada— y cobijé sus restos en la palma de mi mano.

Una voccecita débil, susurrante, imperceptible me dijo:

—No te preocupes, es la ley de la vida. Nacemos para morir. Pero seguiré ahí, como hasta ahora, como tu ángel guardián.

Me revolví con el corazón acelerado, la respiración agitada, los párpados pesados...

—¡Una ambulancia! —escuché a lo lejos.

—Siempre he estado aquí envejeciéndome, secándome... y las hojas caían a tu lado para salvarte y seguirán haciéndolo. Guárdame en lugar seguro, las páginas...

El libro que leía cayó al suelo y me despertó.

—¡Ah! ¡Qué pesadilla!

Puse el libro en la cabecera de la cama, exclamando:

—¡Ay, ay, ay, Maelström! ¡Estaba soñando!

Y cuando me arropaba para seguir durmiendo...:

—¡Buenas noches! —se escuchó desde la cabecera de la cama.

—¡Ups!



*Ysabel Gavidia lee una de sus producciones;
Susana Lattke escucha atenta*

TRES MOMENTOS, UN COLOR

Luisa Teresa Arenas Salas

Sol de luna en el ocaso,
sol, cual hierro candente,
luz de naciente oscuridad
que irisa las nubes en el firmamento
y las maquilla con rayos de fuego.

Pasión de cuerpos que retozan;
excitación fogosa del primer amor;
mejillas tímidas, ruborizadas de vergüenza;
labios en carne, irresistibles al beso;
corazón palpitante, latido, fuego.

Ideología de amapolas,
política de rosa,
izquierda de ciruela,
comunismo, fresa.
Símbolo secuestrado en tus atuendos,
marea humana incandescente,

tarjeta en alto que detiene el juego.
Corolario,
país partido en dos mitades,
país a medias:
tricolor caminante, luz de futuro;
monocolor de manzana, corazón en llamas
de presente y de pasado;
iracundia, enojo, irritación, enfado.
¡Stop! en el camino,
luz de alerta,
farolillo imperativo.
¡PUM!

ll	f	i
u	u	n
v	e	c
i	g	a
a	o	n
		d e s c e n c i a



Miguel Ángel Nieves, izq., invitado de honor a la clausura del taller junto con Sara Pacheco y Edgardo Malaver

/guáchi guáchi/

Luisa Teresa Arenas Salas

Ese día exclamó:

—¡Abmarac!

Y se preguntó: “¿Qué dije?”.

Y sin dar respuesta a su propia interrogante, salió despavorido, rumbo al Metro, pues ya iba retardado para su primera clase en la universidad. En el vagón del Metro escuchaba cadenas fónicas que al decodificar en su mente no lograba interpretar. Todos los significantes se transformaban en...

—/guáchi guáchi/.

Volvió a preguntarse: “¿Qué me pasa?”.

Y cuando iba a reflexionar para darse una respuesta... su estación de destino lo hizo salir corriendo del vagón. Camino a la UCV se repetían en su mente voces diversas que se transformaban.

—/guáchi guáchi/, /guáchi guáchi/, /guáchi guáchi/ —era lo que oía a su alrededor.

—¡¿Omoc euq em yotse odneivlov ocol?! —exclamó.

“¿Qué dije?”, se preguntó internamente y de inmediato se respondió: “¡Ah! No me voy a preocupar”.

Al llegar a la clase saludó con cortesía, mientras a lo lejos se escuchaba una sirena que le produjo un vuelco en el corazón:

—Soneub saíd, Ordep.

Y este, sorprendido, respondió a lo que infirió era un saludo.

—Hola, Carmelo.

Y en la mente de Carmelo la expresión de Pedro se transformó en /guáchi guáchi/, unida al ¡auauauau! que le hacía saltar el corazón.

—¿Omóc sátse, Alol?

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Y en su mente se repetía: /guáchi guáchi guáchi/.

“No entiendo lo que dicen”, pensó. “Pero tampoco entiendo lo que digo yo”. El mundo al... /guáchi guáchi/... revés. Y comenzó a temblar... ¡auauauau! Cerró los ojos y visualizó la noche anterior. Leía su horóscopo: “Mañana tendrás un día difícil. Tu mundo estará patas arriba. Enfréntalo. Un final feliz”.

—Los astros digan amén —se había dicho al terminar de leer.

—Pasa y hazlo desde aquí —le dijo la profesora y en su mente: /guáchi guáchi/.

Solo logró entender por el gesto de la profesora y porque ese día le tocaba exponer sobre el multilingüismo. Empezó.

—Le omsiügnilitlum se anu nóicanibmoc... —Carmelo veía caras extrañas, ojos incrédulos, miradas furtivas, el ¡auauauau! que se apagaba, gente vestida de blanco que entraba al salón...

—Ed saugnel, sahcum , samisíhcum saugnel... —continuó

Y de repente: “¡Plas, plas, plas! Escuchó aplausos.

—Felicitaciones, *lguáchi guáchi guáchi!*

“Pero... no he terminado”, se decía. Más gente de blanco.

—¡Buen trabajo *lguáchi guáchi guáchi!*

—¡Amárralo! —decían voces al unísono.

—Adelante.

Y vio un celaje blanco que pasaba frente a sí. Ya no escuchaba *lguáchi guáchi guáchi!*, pero algo extraño ocurría.

—¡¿Qué tal?!

—Zilef.

Y entró otro ser vestido de blanco, cuerpo hercúleo con un una capa blanca con tiras en su mano. Lo acompañaba su profesora, quien se acercó a Carmelo, solícita, con estas palabras:

—¡Lo lograste!

Y otra vez *lguáchi guáchi guáchi!* con los ojos puestos en el ser hercúleo que lo hizo temblar. Y a su alrededor seres extraños, caras en los pies, ojos en la boca, boca en la nariz, pies en la cabeza hombres-mujeres, mujeres-hombres y...

“¡Nos omoc oy!” se decía, “¡Aroha ís em nedneitne! ¡Éuq zilef yos!”. Y Carmelo besaba al ser hercúleo que le pasaba las amarras y se rendía a sus palabras, primero susurradas a su oído.

—¡Sóida, tesolc!

—Sí —le dijo el hombre hercúleo vestido de blanco conmovido mientras lo amarraba.

—¡Éuq aíd nat zilef! —exclamó Carmelo.

—¡Sí...! —respondió el hercúleo enfermero—. ¡Fuera closet!

—¡Nos amaaaamos...! —dijeron al unísono y todo volvió a su lugar.



El turno de Susana Lattke para recibir el certificado del taller Maelström de manos del facilitador Edgardo Malaver

¿QUÉ DEMONIOS ES ESTO?

Susana Lattke

Hoy salí de clase estresada. Estaba cansada de la acumulación excesiva de trabajos y parciales, ya necesitaba vacaciones, el agotamiento se reflejaba por todos lados. Sentía los ojos pesados, mi cuerpo no tenía energía y mi cerebro ya no daba para más. Definitivamente no podía pensar en otra cosa que no fuera descansar. No había dormido en dos días, mi humor era insoportable y ya ni hacía caso de lo que me decían.

Estábamos en la última semana de clases. Después del examen de mañana, Alemán I sería historia. Sin embargo, ese último examen era el más importante del año y tenía que pasarlo a como diera lugar. Había estudiado tanto que casi se me olvidaba en qué mes estábamos, a veces olvidaba el almuerzo en casa, me dormía muy tarde y despertaba temprano en la mañana con el propósito de seguir practicando.

En la noche tomé mis apuntes, las fichas con el vocabulario, la novela, y repasé por millonésima vez todo lo que posiblemente tendría que responder en la prueba. Repasé verbos, proposiciones, oraciones subordinadas, pasado simple y perfecto. Mientras leía los ojos se me cerraban, tomaba una taza de café cada tanto y decía en voz alta: “Auf dem Tisch, unten den Stuhl, auf der Straße”. Me lavaba la cara para evitar dormirme, leía textos con bastante fluidez, así que solo practicaba dos o tres lecturas, luego volvía a repasar... El perfecto se construye con los verbos auxiliares *haben* o *sein* más el participio al final de la oración...

Había llegado la hora, ya estaba en la UCV, sentía una mezcla de ansias, miedo, agotamiento y alegría. Después del examen me sentiría libre. Ya estaba a punto de subir las escaleras de Tránsito cuando pensé en comprar el desayuno y subir después. Fui al cafetín rojo, saludé al señor José, que me vende el yogurt todos los días, y él me respondió:

—Ugten genrs.

Me extrañé con su respuesta, pero aun así sonreí como si entendiese, y pedí mi yogurt. Él me dijo:

—Asw tenmöch ise?

Estaba empezando a desesperarme.

—Un yogurt, por favor —dije lo más claro que pude.

El señor José aparentemente no entendió porque me siguió mirando sin moverse. Entonces desistí y subí al aula pensando que luego podría comer algo.

Cuando llegué arriba vi que todos mis compañeros ya estaban dentro del aula. Entonces entré y me senté. La profesora repartió los exámenes y tomó lugar frente de la clase. Cuando me dispuse a responder el examen, me di cuenta de que había olvidado mi lápiz. ¿Cómo venía a un examen sin lápiz? Le pedí uno a un compañero y dijo:

—Ig beha eikin lappiz.

Lo único que entendí fue lappiz. ¿Qué pasaba? ¿Por qué nadie me hablaba en español? Desistí y le pedí a una amiga un portaminas. Ella respondió:

—Portamin lest ig kicht.

Me quedé anonadada.

—¿Qué le pasa al mundo? —dije exaltada.

La profesora se dirigió a mí como Suzie y dijo:

—Itteb silens ir beha eik prühf.

No entendí nada de lo que me dijo. Todo aquello era una locura, no sabía en qué mundo había despertado aquel día. De pronto vi un lápiz en el piso, lo recogí y me dispuse a responder el examen. Entre tanto disparate, había perdido ya quince minutos, quince valiosos minutos que tenía que recuperar de alguna forma. Cuando eché un vistazo a la prueba, me exalté tanto que dije casi gritando:

—¿Qué demonios es esto?

La profesora saltó en su asiento y me dijo:

—Konzentrierem ise itteb.

El examen era tan absurdo como lo que la profesora Schulz decía. No era posible que en una noche hubiera olvidado todo lo que sabía de alemán, y que además sonara como un idioma extraterrestre, totalmente ajeno a mis conocimientos. En medio de semejante crisis, escuché de pronto: “¡Quiquiriquí...!”.



Susana Lattke participa en la sesión final del Taller Maelström del 2012

¿POR QUÉ ESCRIBO?

Susana Lattke

Escribo porque el alma me lo pide,
porque me sacuden pensamiento de todo tipo.
Escribo porque me ayuda a desahogarme,
porque me libera de temores contenidos.
Escribo para embriagarme de ilusiones,
para involucrarme en las pasiones que me guarda el destino.
Escribo para entretenerme, para conversar conmigo misma
y compensar el tiempo que se me va tan aprisa.
Escribo para entender el corazón,
para que me revele qué deseos lleva en su interior.
Escribo con la intención de pensar mejor lo que digo,
y para, así, decir mejor lo que pienso.

MI MORADA

Susana Lattke

Oh, dulce sabor a hogar
que invades mi alma cuando llegas.
Oh, dulce amor y confort
que acobijas mi vida cuando pasas.
Oh, dulce sensación de bienestar
que envuelves al que te halla.
Oh, dulce aroma encantador
que percibo cuando llego a la entrada.
Tú que me has abierto las puertas,
tú que me has guardado de todo daño,
tú que has guiado mis pasos,
tú que me has iluminado el camino,
acompañame vaya donde vaya
porque sin ti me pierdo en la nada.

*Ysabel Gavidia, miembro del Taller Maelström de Narrativa y Poesía,
el día de la última sesión del 2012*



CREO EN TI

Ysabel Gavidia

Creo en Ti porque te oigo en el rugir de los mares.
Creo en Ti porque te oigo en el cantar de las aves.
Creo en Ti porque te veo en la sonrisa de los niños.
Creo en Ti porque te veo en la aurora de un nuevo día.
Creo en Ti porque te huelo en los nardos, rosas y tulipanes.
Creo en Ti porque te huelo en el aroma de la hierba llena de lluvia.
Creo en Ti porque siento tu presencia al consagrarme en oración.
Creo en Ti porque siento tu abrazo a través de la brisa fresca.
Creo en Ti porque me has dado paz en la tormenta.
Creo en Ti porque me has dado fe y esperanza para seguir.
Creo en Ti porque has vendado mis heridas con tu amor.
Creo en Ti porque me has dado una familia carnal y espiritual.
Creo en Ti porque has sido, eres y serás padre, hermano, guía y amigo.
Creo en Ti porque eres el aliento de mi alma.
Creo en Ti porque eres todo.



TARINAK BOZI NATA BU

Edgardo Malaver

—Qué frío hace, ¿no, mamá? —dije yo hoy en la mañana al llegar a la cocina.

—Frek nida, Manen, tonif nida —me contestó mi madre, como si me hubiera entendido.

—¿Cómo dices? —pregunté porque yo no entendí.

—Tonif nida, hijo, sí, ayer también. Ili fak —dijo como sonriendo.

—Ay, no entiendo nada —agregué diciéndome que aún estaba demasiado dormido para hablar con nadie.

—Da yanit, efenista yaren —dijo ella sonriéndome y me dio un beso y se fue.

—¡Ah...! Eh... Teresa... —me vi balbu... ceando cuando se abrió el ascensor en el... ¿quinto piso?

—Frek nida, istuleneg —dijo Te... Teresa, y a mí me faltaba el aire.

—¿Qué... dices?

—Istuleneg, ¿no crees? —repitió con su habitual rostro de “¿Hasta qué día será sordo este idiota?”.

—¿Creerte? Perdón... ¿tú en qué idioma estás hablando? —pregunté yo, más bien queriéndome decir a mí mismo que no iba a entender la respuesta.

—Sianta, Manen, sianta —dijo, y en ese momento se abrió el ascensor en la planta baja y ella se fue por la derecha; yo, caminando hacia el frente, no podía dejar de mirarla.

—¡Manen! ¡Manen!—insistía una voz detrás de mí cuando entré en la universidad, pensando que todos los que iban en el metro habían amanecido con la misma enfermedad que Teresa y mi madre.

—¡Manen! Isty, isty! —me repetía Di Anastasi, mi compañero de Copto I, y me agarró del brazo derecho.

—¿Por qué me hablas así?! —le grité, desesperado ya.

—¿Así? ¡Jastu! Afrina hebra, juya parikna, ¿du? —me explicó sonriendo.

—Está bien... —solté lentamente, después de mirarlo a los ojos durante unos instantes.

—¡Fuz!

—Sí, hombre, fuz. Vamos. Si se dice así...

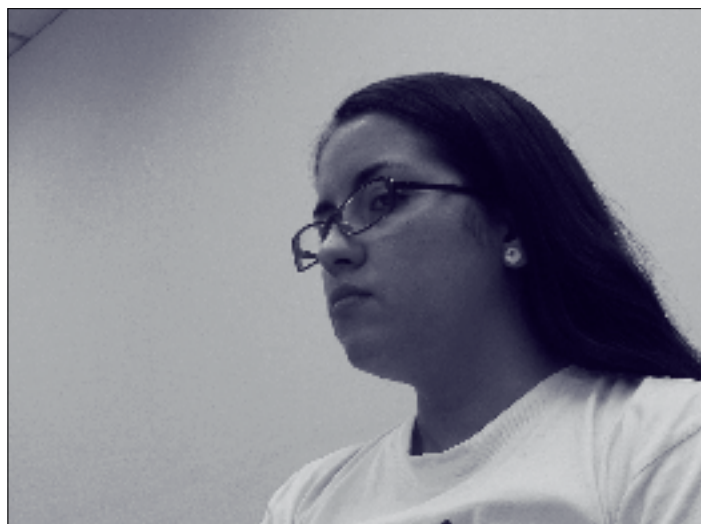
Y echamos a andar otra vez.

—Frek nida, tin Manen, tonif nida —dijo el profesor al vernos llegar.

—Frek nida, tin Zurd —contestó alegremente, seg irt daleg, Di Anastasi.

—Frek... nida... —balbuceé yo, dándome cuenta de que... ¿sarik verkta?— Istuleneg, tin Zurd.

Seg, asti, astik, astikot, ye venti mon.



RESPIRA

Sara Cecilia Pacheco

Hielo
Puntada
Mi sudor se hace hielo
Inhalo
Te vas
Imprevisto constante
Previsto inconstante
Exhalo
Hielo
Desgarro
Sudor
¡Inhala!
Fuerza
Entretenimiento
Aire
Exhalo
¿Inhalo?



SILLA 1

Sara Cecilia Pacheco

A Amador Pacheco

Tú que naciste cuando las sillas de espera estaban vacías,
tú que de niño no tuviste silla propia,
tú que no exigiste silla de jefe de casa,
tú que ahora te niegas a usar la silla de ruedas,
en mí no tienes silla sino trono.
Y aun así no te sientas.
Nunca te detienes.

 **VOY TARDE OTRA VEZ...**

Sara Cecilia Pacheco

Voy tarde otra vez... ¿Hasta cuándo, Laura? ¡¿Hasta cuándo?! No vale que le digas al coordinador que, una vez más, el dolor, el dolor de siempre... y esto... y aquello. Al fin de cuentas, ¿al coordinador qué le importa tu dolor físico? Me da pena con los muchachos, pero si camino más rápido...

Oye, he logrado moverme muy rápido... ¡Qué bien! Allí están otra vez, esos vigilantes nunca responden los buenos días en la entrada de la universidad. Tráspaso está allí y me apurará aunque empieza a parecerme extraño que haya tantos muchachos a esta hora afuera del edificio.

¿Qué hora es? ¡Coño, dejé el celular! Déjame preguntar... Se oye un rumor extraño... Parece que no estuvieran hablando español. Deben estar practicando...

—Hola, buenos días, disculpa ¿Qué está pasando que todos están aquí abajo?

—¡Nuf, caprio, fe farioski va! —exclamó el muchacho a su amigo sin siquiera verme.

—¿Ca caprio? —respondió el amigo.

Coño, estos carajitos cada vez son más antiparabólicos. Pero ¿qué estarán hablando? Eso parece ruso... Y de paso no veo ni a uno de mis estudiantes... Déjame buscar algún grupo de muchachas... Parece que las puertas están cerradas. ¿Habrá paro? Déjame preguntarle a ese grupito.

—Disculpa, mi amor ¿Está cerrado? ¿Sabes si hay paro?

—¡Fe fibriiski fario! ¡Beuriska! —le dijo exhaltada al grupo.

—¡Graisi Chimgur! —respondieron las amigas y empezaron a andar.

Alcancé a oír que se decían: ¡Ye nuf conri fe! Y yo, china, cada vez entiendo menos, unos se van y otros llegan, preguntan... (o entiendo yo que hacen preguntas) y se van, o se quedan y se ponen a llorar...

En este punto de la mañana me sorprenden dos cosas: que los estudiantes hablan algo que no entiendo y que el incesante dolor que me acompaña siempre no está aquí. Es que, como siempre digo, “el sueño lo cura todo”. Este sueño sí que ha sido reparador. Recuerdo que anoche el dolor era más fuerte que nunca, agudo, insoportable... Qué bueno que me quedé



Miguel Á. Nieves habla de su tema favorito: la poesía, en el Taller Maelström 2012

dormida... ¡Mira! Allá van unas de mis niñas. Les voy a preguntar qué pasa... Así sea en inglés, me dirán.

—Andréina, hi! What's going on?! —Pero ¿qué les pasa, ¿por qué no me oyen ni me ven? ¿Y por qué lloran tanto? —. What's going on, girls? May I help you?

—¡Tiristi! Fe va geba.... fe va... —se decían entre ellas llorando sin siquiera escucharme.

Ahora el necio del Centro prendió un megáfono. Vamos a ver si a este le entiendo algo.

—¡Gentrius! Tiristi fe va. Fe guerdiada pin. Graisi pin. Fe e ru Greisisimo. Heu nuf clis. Jus bur ur.

No le entiendo a este tampoco... Y los que lloran, lloran más y los que no, se van. Este rumor de lengua lejana me es tan extraño ahora como el dolor que me acompaña a diario...

¿Y Eduardo? ¿Por qué no está conmigo? Los lunes siempre venimos juntos a la universidad. ¿Por qué saldría tan temprano como un loco llorando? No entiendo ¿Dónde estará? ¿Cómo lo encontraré si no tengo mi celular? ¿Cómo regreso a casa sin mi cartera? ¿Cómo camino si ya no siento? No siento el dolor, no siento las piernas...